

Sacar a 100
Año 1

Juan José Cuéllar Toro

22 de Diciembre del 2005 - 14 de Diciembre del 2006

1. Solo

Y a esa altura dará lo mismo. Cuando estás absolutamente solo y llega la muerte, da lo mismo que grites o no. Nadie te oye y a nadie le importa. Podrás maldecir o llorar y a nadie le importará un carajo. Tendrás la muerte frente a ti y todo lo que hagas dará lo mismo. El mundo entero seguirá girando en absoluta indiferencia y tu estarás ahí con la sensación de que a alguien debiese importarle. Pero no le importará a nadie.

Por eso, si estás solo al momento de morir, muere en silencio, pues ni la muerte te oirá.

2. Todo cambió

Ni siquiera escuchaste, tan solo te quedaste allí con la mirada perdida mientras las palabras caían de mi boca.

Mientras hablaba, mi propia mente se disociaba y recorría diversos pasajes de nuestra historia juntos. Una versión editada y acelerada de nuestra historia. En medio de ese caudal de imágenes, algo me llamó la atención, era tu pañuelo rojo que aparecía en muchas de las escenas, como un hilo conductor de la trama.

Tuve que realizar un esfuerzo para tomar control de las palabras que decía, y de improviso me di cuenta, no traías tu pañuelo rojo. De pronto, todo cambió.

3. Tarde

Se paró de la cama sin ningún decoro. Se estiró lánguidamente, dio un bostezo y se fue a la cocina.

Por mientras me puse a mirar el cielo por la ventana. Un ejército de nubes invadía el firmamento y un escalofrío recorría mi piel. Extrañé su calor y su compañía. Recordé lo vacías que eran mis tardes sin ella. Encendí el televisor, aunque se que eso a ella le molesta.

La vi aproximarse por el pasillo, con su habitual contoneo sensual. Entró a la pieza, me miró con sus grandes ojos verdes hasta que yo también la miré, y maulló.

4. Naufragio

La sensación de soledad es absoluta, es una mezcla de abandono y tristeza que me inunda completamente.

Varado en una playa sin nombre, en tierras olvidadas, sin siquiera gaviotas que llenen el tiempo que lentamente transcurre.

No hay balsa ni bengalas, ni muchas esperanzas tampoco. No hay provisiones, leña, ni ropa de abrigo. Tan solo la sensación de que no hay nadie más en toda esta inmensidad.

Dibujo señales sobre la arena mientras son borradas por las olas.
Construyo hipotéticos rescates que se que nunca ocurrirán.

La marea trae preciosos regalos, tres metros de cuerda y un calcetín roto.

Lloro.

5. En el laberinto

Al dar la vuelta a la última esquina estaba seguro que lo iba a encontrar, pero nada. Solo otro callejón sin salida. Me devolví hasta que pude tomar otro camino, pero al cabo de un rato, me di cuenta que estaba perdido. Mi hambriento estómago se apretó en un nudo. Decidí seguir buscando, pues eventualmente encontraría la salida o la comida. Sentía que no llegaba a ninguna parte, hasta que de pronto lo olí, la comida estaba cerca. No me costó mucho recorrer lo que faltaba. Estaba ahí. La fui a coger, pero de pronto fui levantado por los aires.

6. La búsqueda

Agazapado espero.
Como si el frío no fuera suficiente, mis piernas están acalambradas y ya no siento mis pies.
Dos horas esperando en cuclillas para tratar de conservar el calor han sido demasiado.
Mientras pienso en un café, recorro la oscuridad que me rodea. Ni una sola luz, ni un solo rastro de civilización.
Un suave zumbido me indica que ya es hora. Reviso la pantalla. En el visor aparece un cero. Concluyente.
Camino con dificultad hasta el vehículo y echo una última mirada antes de subirme. Tanto espacio y tan vacío.
Me subo y me marchó.
La búsqueda continúa.

7. El Sol

Hoy no ha salido el sol.

Todos los animales están confundidos. La vaca no ha dado leche, el gallo no ha cantado y el perro sigue durmiendo.

Confundido, camino por el maizal. No se que irá a pasar con la cosecha, pues contaba con ella para poder cambiar el tractor.

Al llegar a la acequia que separa las plantaciones noto de inmediato que algo anda mal. No queda ningún girasol, solo los tallos cortados al ras justo bajo la flor.

Con rabia compruebo que hasta donde puedo ver, el potrero completo está igual.

Cien metros más allá, veo la nave.

8. Sigue Cavando

Sigue cavando. Ese es el lema que me enseñaron desde que tengo conciencia. Ese es el lema de los que vivimos en el túnel. Desde que naces hasta que mueres, sigue cavando.

Llevamos tres generaciones cavando. Hemos pasado hambre y frío, pero seguimos cavando. Hemos tenido que usar huesos para apuntalar el túnel, hemos tenido que dejar enfermos en el camino, hemos dado hasta la última gota de vida al túnel.

Hoy sucedió algo extraordinario. Los cavadores dieron con lo que pensaron era una bolsa de aire, pero era otro túnel.

Estuvimos perplejos por un momento, pero luego, seguimos cavando.

9. Sueños

Abro la caja y saco el contenido.

Lo reviso, busco trizaduras, descoloramiento o imperfecciones.

Lo vuelvo a embalar cuidadosamente y aparto la caja en el montón de las revisadas.

Otras quinientas cajas y tendré mi primera comida en el día.

Suspiro.

Mientras tomo la siguiente caja, miro hacia arriba, hacia la ventana por donde entra la luz y por donde salen mis sueños.

Creo que esta semana seré capaz de superar la cuota y podré ahorrar algo.

Al cabo de dos meses podré ir a la ciudad, a aquel elegante local y pagar por escucharla cantar.

Canta como un ruiseñor.

10. Nieve

Tendido de espaldas, veo como los primeros copos de nieve empiezan a caer. La mayoría ni siquiera llega al suelo, quedan casi todos en los árboles. Pero al cabo de un rato, inevitablemente, se empieza a dibujar una blanca alfombra por el suelo del bosque.

Con dificultad recuerdo un confuso incidente que involucra un rifle de caza y mucha mala suerte.

La nieve cae con más intensidad, y el manto blanco se vuelve cada vez más pesado.

Logro recordar lo suficiente para entender porque no me puedo mover.

Ojalá la nieve me cubra y no me puedan encontrar los lobos.

11. No es fácil

Estoy de pie tras una cortina.

Mientras espero, siento la presión.

Las mujeres, las cámaras, los viajes, los destellos, las drogas, las mujeres, el alcohol, los calmantes, la fama, los hoteles, oh las mujeres.

No recuerdo donde está el último lugar al que llamé hogar. Tampoco recuerdo con quién viví ahí.

Siento el calor de las luces, aún tras la cortina. El murmullo de la gente, el humo de cigarrillos, la música de fondo y la monótona voz de un presentador que me anuncia.

Se abre la cortina y me entrego a mi público.

No es fácil ser El Rey.

12. Guerrilla

Pensé que la vida en la guerrilla era más heroica, pero hasta el momento sólo han sido mandados.

Recién llegué ayer, y hoy ya estamos moviendo el campamento. Parece que nuevamente andan cerca los soldados.

No descansamos mucho, pero tampoco nos hemos enfrentado a nadie.

El uniforme y las botas me quedan grandes, pero no me importa, porque ahora cargo un fusil. Me lo gané recibiendo una bala que iba para el capitán. Todos me miran con cara de héroe cuando paso cojeando delante de ellos.

Solo quedamos tres, estamos perdidos y ya no nos queda comida.
A morir luchando.

13. Re

Ah! como recuerdo a Renata. Sus ojos resplandecientes, sus rezongos, sus reparos.

Recurro a los restos de la relación que remueven mi conciencia y reparo su retrato, pero reniego su ausencia. Revivo esos días, en que recitábamos poesía, y resiento tu ausencia, y tú resientes la mía.

La realidad se desdibuja mientras retomo mis viejas redomas. De reojo, todo luce renovado, pero al menor respiro, todo se revuelve, y vuelve al mismo estado.

Regreso nuevamente al refugio. Rezo y reflexiono, más no hay redención, ni tampoco resurrección.

Reúno el orgullo remanente y algún cariño rezagado, y vuelvo a tu regazo.

14. Lost in Transaction

Salgo de la ducha y me encuentro de golpe con una mucama que con cara de asombro dice algo que no entiendo. Le respondo una improvisada disculpa, casi seguro que no entiende. Me entrega una toalla limpia con la que me cubro. Como no se va, reviso en mi billetera y le paso diez dólares de propina.

Ya van tres días seguidos en que la mucama me espera a la salida de la ducha y no se va hasta que le paso diez dólares. Pienso en reclamar al hotel, pero me avergüenza solo imaginarlo.

Ayer me fui del hotel, avergonzado.

15. Ha llegado

El viento sopla suavemente sobre los cerezos en flor.

Lentamente el jardín se cubre de pétalos.

Se pone el sol y el firmamento se empieza a pintar en tonos anaranjados y lilas.

Prendo los pequeños faroles del jardín y espero.

Mientras anochece, el frío desciende silencioso.

Se escucha un relincho en la distancia, y al poco rato un galope que termina frente al portón de madera.

El señor de la casa entra lentamente, como si fuera una ceremonia, con paso firme sobre el camino empedrado.

Frente a la puerta principal, se quita las botas y entra.

Ha llegado el otoño.

16. Nuevo Mundo

Año del Señor de Mil Ochocientos Catorce Hoy hemos completado tres meses en esta tierra inhóspita. Hemos tratado de ganar la confianza de los nativos pero

ha sido en vano. Extrañas enfermedades estomacales han dado cuenta de quince de los nuestros, resistiendo los cuidados del médico y las plegarias del sacerdote. No perdemos la esperanza, la fe es lo que nos mueve y por eso estamos aquí. El capitán intentará nuevamente ir de cacería mañana, pues las provisiones están escaseando y el clima es demasiado frío para cultivar las semillas que traemos.

Última entrada en el diario de los colonos.

17. Conexión

En cuanto me conecto, siento fuego que me recorre por las venas, y frío que escarcha mi piel. Me siento más vivo que nunca, pero a la vez siento como mis dedos se entumecen.

Creo universos vírgenes, jamás mellados por mirada alguna. Recorro abismos insondables donde no existe conciencia de la existencia ni del tiempo. Siento la velocidad y soy casi omnipresente, todo en la misma eternidad de un segundo. Me parece verte o intuirte, a estas alturas no lo puedo distinguir. Es la dicha de estar conectado. Es la única salida que tengo en esta mugrosa cama de hospital.

18. Esperanza

Ese mínimo brillo en los ojos del niño fue suficiente para entender lo que pasaba. Tenía todo en contra, se habían probado todas las alternativas, el cansancio ya había hecho presa de él, pero no había perdido la esperanza. Dejó de luchar y de resistirse, pero no había perdido la esperanza.

Miré a la madre, que tenía una expresión de cansancio en el rostro, pero de rabia en el cuerpo. Lo miró, quizás tratando de entender lo que pasaba por su mente. Finalmente lo tomó de una mano, y pese a las protestas, lo sacó de la tienda de videojuegos.

19. Playa

La niña juega con su balde en la arena, mientras la humedad del mar riza su pelo cobrizo. Construye castillos de ilusión, con apuestos príncipes sobre briosos corceles. Al momento siguiente, está juntando conchitas en su balde, sin más propósito ni razón que lo bonitas que son. Huye con prisa de un cangrejo y se ríe nuevamente con el sol brillando en sus ojos. Hace dibujos una y otra vez, solo para que sean borrados nuevamente por el mar.

El sol se pone y mientras los últimos rayos bañan la playa, la niña sonrío. Sonríe al sol y al mar.

20. Crecer

La nariz pegada al cristal de la vitrina mientras la respiración ansiosa lo empaña.

Miro esa combinación de cromo y rojo, y suspiro. Este ha sido un año seco, por lo que Navidad será solo calcetines.

Un último suspiro, una maldición contra la lluvia escasa y de vuelta a casa.

Veinte años después, nuevamente frente a una vitrina, pero ahora no es una bicicleta sino que un lujoso auto deportivo. Casualmente rojo. Esta vez no me preocupa el clima. Esta vez entro y le digo al vendedor “lo llevo”. Lo que no puedo evitar es el suspiro y el recuerdo.

21. Nos Observan

Nos observan desde el cielo. Con sus ojos pequeños y sus espasmódicos movimientos de cabeza nos estudian.

Nos observan desde el suelo. Con sus antenas oscilantes, que van y vienen mientras perciben nuestro rastro.

Nos observan desde el mar. Con su inocente apariencia, que inspira ternura antes que desconfianza.

Nos observan desde hace más tiempo del que estamos dispuestos a admitir. Cada vez que nos damos vuelta porque sentimos que nos observan. Y creemos no ver nada. Y queremos no ver nada.

Una vez que hayamos partido, ellos quedarán. Estarán alertas, observando quien quiera reclamar nuestro lugar, que nunca fue nuestro.

22. Uso Personal

“Es de uso personal”, le explico en vano al oficial. Me pide la identificación y el permiso para portarla y usarla. Le entrego los documentos, a sabiendas que son falsos. Buenas falsificaciones, pero falsos al fin y al cabo. Los revisa cuidadosamente y hace algunas consultas por radio. Me mira con el ceño fruncido, carraspea y me dice “Tenemos problemas”. Lo miro con cara de angustia, esperando algún tipo de simpatía de su parte. Su actitud no cambia.

Vuelvo a casa caminando, con más de una hora de retraso. Con mucha pena y rabia en el corazón, y sin bicicleta.

23. Lo siento

“No te va a doler” me dijeron. Y yo les creí. Un pequeño pinchazo a cambio de mucho dinero. Parecía el negocio perfecto y no pude rechazarlo. Me hicieron

exámenes antes y después, “solo por rutina” me tranquilizaron. Cuando me empecé a sentir mal no los encontré.

Ahora lo siento dentro de mí. Siento como se mueve, a veces despacio y otras en forma violenta. Siento sus contorsiones y espasmos. Siento como crece, lentamente, en forma casi imperceptible, como si quisiera que no me diera cuenta. Siento como late, como pulsa con vida, robada por cierto, y desgraciadamente de mí.

24. Pienso

El bamboleo del carro me mece incesante y me cuesta mantener los ojos abiertos. Pienso en lo que este viaje significa, en ser el primer hijo que terminó los estudios y va a trabajar a la capital. Pienso en lo importante que es trabajar en un estudio de abogados. Pienso en la novia que dejo, a la espera de poder juntar dinero para casarnos y formar un hogar. Pienso en mis padres, cada vez más encorvados por los años y el duro trabajo de campo. Despierto cuando estamos saliendo del túnel y ya se divisa, a lo lejos, la ciudad.

25. Se Arrienda

Miro el letrero y nervioso llamo al teléfono indicado. Me pongo de acuerdo con el dueño para juntarnos el fin de semana.

Nos juntamos, y de inmediato nos dirigimos a una dirección por mí desconocida. La monótona voz de mi interlocutor pasa a segundo plano en cuanto llegamos. Quedo fascinado, casi atónito. La fachada es hermosa, la distribución inmejorable. Proyecta clase y estilo. Se produce un incómodo silencio del que me doy cuenta demasiado tarde. Torpemente me disculpo. Negociamos un precio razonable y firmamos un par de papeles. Por los siguientes tres meses seré el feliz arrendatario de una esposa.

26. Ella

Avanza la fila. Quedo frente a la cajera. Le pido un café negro. Le pago. Recibo la taza y me voy a sentar. Revuelvo el café casi por costumbre, dos golpecitos de la cuchara en el borde de la taza. Lo pruebo, y siento como el amargo invade mi boca. Siento que la vida vuelve a mí, aunque sea por unos minutos. Se me desentumecen las manos y todos los recuerdos, y nuevamente deseo olvidarlos. Saco la cajetilla del bolsillo, tomo el último cigarrillo que queda y me lo pongo en la boca. Lo voy a encender, y la veo.

27. Invisible

Camino por las calles de la ciudad. Están llenas de gente ocupada, que camina con un propósito hacia alguna parte. Pero no me ven. Paso por el lado de ellos, en silencio, y no me ven. Me siento en una banca de la plaza, y algunos se sientan también, pero nadie me dirige la mirada. Al cruzar la calle lo hago de prisa, pues los conductores no frenan cuando yo paso. Entro a una fuente de soda y me siento, espero que me atiendan, pero nadie viene. Es natural, porque nadie me ve.

Pero los otros vagabundos sí me ven.

28. África Salvaje

Amanece en las llanuras de África, y así nos encontramos con dos pequeñas zuricatas que han perdido a su madre. Están hambrientas, deshidratadas y una de ellas está quedando ciega. Se acercan a una poza a tratar de beber un poco de agua antes que se evapore, siempre bajo la atenta mirada de los buitres que sobrevuelan a la espera. Parece que será un día caluroso, y las zuricatas aún no encuentran alimento. A lo lejos se divisa una manada de hienas que se acerca hacia las zuricatas.

El camarógrafo guarda la cámara, se sube al jeep y se va.

29. Milagros Inesperados

El bibliotecario llegó muy temprano a trabajar. Cerró la puerta con llave, se hizo un café y comenzó a ordenar un montón de libros que había encontrado en una sala. En uno de ellos encontró una antigua foto de una muchacha. Se puso a llorar. Quince minutos antes de la hora de abrir cogió un bidón con bencina y roció las estanterías. Reservó una pequeña parte del contenido para él. Cuando ya se habían juntado unas diez personas en la puerta, soltó el fósforo y se desató el infierno...

...y por eso no pude entregarle el trabajo hoy señor profesor.

30. Danza Macabra

Marcó el compás como un virtuoso. Con cada campanada del viejo reloj, le encajaba un certero golpe a su indefensa víctima. Una vez que hubo terminado, repasó en su mente la escena, revivió los pasos de la danza macabra una y otra vez hasta que estuvo satisfecho. Sabía como tendría que hacerlo. Se apresuró a ordenar todo, se cambió de ropa, salió de la pieza y bajó las escaleras. Se en-

contró con más gente de la que esperaba. Lo miraron sin saber lo que él había estado haciendo. Se hizo un silencio y llegó el esperado momento de la piñata.

31. PERFECTO

El bisturí no tembló en su mano. Se deslizó suavemente dibujando una estela roja. En cinco minutos tenía preparado el escenario para su obra maestra. Mientras transcurría el tiempo, pensaba en los duros años en que había comenzado a trabajar. Sin clientela y sin dinero. Recordó que tuvo que tomar un trabajo de noche como estibador. Recordó el cansancio con que caminaba de vuelta a la pensión, más dormido que despierto. Recordó el camión que apareció de improviso y sin luces...

Finalizó la operación. Se le acercan sus colegas a felicitarlo, y una voz a sus espaldas le dice PERFECTO.

32. Todo un caballero

Dejar atrás a su hijo que tiene bronquitis, a su esposa que tiene baja autoestima y podría estar buscando una aventura. Olvidar ese dolor en la rodilla derecha, aunque sea por un par de horas. Ni siquiera pensar en cuanto va a ser el descuento en la paga de este mes.

Amarrar bien los cordones de las botas, ajustar las correas de las rodilleras. Poder distinguir hacia adonde se dirige la turba enfurecida. Medir la fuerza con que golpea a los manifestantes. Esas cosas le deben preocupar.

Ahí va el caballero de verde armadura, sin saber si volverá a casa.

33. Se lo llevaron

Era de noche y yo estaba rezándole a mi marido en el cementerio. Era tarde, por eso encontré extraño ver a alguien más ahí. Eran tres, dos ayudantes y el bokor. Los ayudantes fumaban y repetían un canturreo mientras el otro rezaba. Media hora después, pude ver con mis propios ojos como se movía la tierra y aparecía una mano flaca y huesuda. El bokor se agachó para soplarle o decirle algo, y la mano lo agarró de la solapa y lo empezó a tirar con tanta fuerza que ni los ayudantes pudieron sujetarlo. Yo vi como se lo llevaron.

34. Dos

La gran máquina dejó de funcionar. No importó cuantas mejoras le hicieran, cuanto la actualizaran, simplemente se negaba a funcionar. Hubo un desfile de expertos los que uno a uno se retiraron derrotados, pues no encontraban cual

era el problema.

Finalmente decidieron comprar otra gran máquina. No era muy distinta de la antigua, pues era lo mejor que había.

Llegó en una gran caja, rodeada de gran expectación y esperanza. La desembalaron, y los técnicos procedieron a configurarla y conectarla. Cuando se encendió todos estaban felices, pero se quedaron boquiabiertos cuando vieron que la antigua máquina también se había encendido.

35. Mar adentro

Ella camina por el muelle, con el pañuelo mojado retorcido entre sus manos. Anoche debió haber llegado el bote y todavía no tiene noticias. Teme que algo haya salido mal. Teme que él no vuelva, que sus sueños se hundan en lo profundo del mar. Todas sus esperanzas están puestas en el horizonte.

Siente que se está acercando una tormenta.

A lo lejos divisa un punto que se acerca. Su corazón da un vuelco. Cuando logra distinguir a los que vienen en el barco, con dolor, ve que su marido le hace señas. El maldito no fue capaz de matarlo.

36. El Terrorista

Cuando el guardia de seguridad le ordenó que se quedara quieto para que lo revisaran, él sonrió y lentamente se desatornilló la parte de arriba de su cabeza. De su interior brotaron miles de pequeñas mariposas de colores. Los primeros en notarlo fueron los niños, que empezaron a reír maravillados. Luego, y en forma casi infecciosa, todos los demás estaban empezando a sonreír. Algunos reían a carcajadas, con pequeñas lágrimas asomando en sus ojos, mientras que otros no pasaban más allá de la plácida sonrisa.

Se atornilló nuevamente la cabeza, hizo un gentil saludo al sonriente guardia, y se fue.

37. La estrella

Y vieron una gran luz en el firmamento, y supieron que hacia ese lugar debían ir.

Gaspar, Melchor y Baltazar se dirigieron con sus presentes rumbo a la gran luz en el cielo. Venían desde muy lejos y estaban cansados, pero siguieron, porque sabían que era importante. Cada uno traía un gran regalo, lleno de deseos y esperanzas. Cada uno esperaba poder entregarlo en el lugar y el momento apropiado, junto con el mensaje que portaban. Ya faltaba poco.

Cuando ya pudieron ver la ciudad, encendieron sus sistemas de guía de misiles y lanzaron sus bombas, alejándose a toda velocidad.

38. Vaticano Confidential

Cuando el cardenal estaba oficiando los ritos finales, a solas con el cuerpo del fallecido pontífice, algo llamó su atención. Un pequeño temblor en la mano. Con asombro vio como lentamente se empezó a incorporar el cuerpo. Abrió los ojos. Parecía desorientado, como si tratara de entender donde estaba. Luego se echó a llorar mientras balbuceaba “no había nada, llegué a la luz y no había nada”. El cardenal actuó en forma rápida, y puso una almohada contra la cabeza que opuso una débil resistencia.

El cardenal se presentó ante el nuevo pontífice y le dijo “todo arreglado Su Santidad”.

39. Buenos Modales

La joven corre al ascensor para alcanzarlo antes que se cierren las puertas. Se da cuenta que no va a poder llegar, pero de pronto la puerta se abre. Es evidente que alguien la vio.

La joven entra al ascensor, todavía agitada por haber corrido. Lo primero que ve al entrar es a un caballero con traje de negocios. La agradece tímidamente, mientras se da cuenta que se ha sonrojado. El caballero sonrío, casi sabiendo que ello solo provocará que la joven se sonroje más.

La joven le sonrío y delicadamente desenfunda su arma y le dispara a la cabeza.

40. Esprit de Corp v. 2.0

La ciudad llevaba cuarenta días bajo ataque. Hacía una semana que ya no tenían agua potable, y las estimaciones más optimistas indicaban que el alimento solo duraría dos días más.

Ver a las madres recorriendo las calles en busca de alimentos para sus hijos era un panorama demasiado común. Que alguna de ellas lo encontrara no lo era tanto.

La madre entró al edificio que hacía las veces de enfermería, miró a los heridos y suspiró.

Los niños esperaban con ansiedad, estómagos vacíos, y la mirada llena de esperanza. La madre, orgullosa, llevó la fuente con estofado a la mesa.

41. La lona

Por sus años y por su físico, sabía que iba a ser su última pelea. Una mezcla entre despedida y mofa. Poder recibir algo de dinero para poder asegurar los últimos años de su vieja.

Quinto asalto. Sangre en el ojo y labio hinchado.
Resistir estoicamente el brutal castigo.
El tipo no era bueno, lo que hacía las cosas más difíciles.

No le entendió muy bien al médico eso del aneurisma, pero sí supo lo que tenía que hacer.

Sexto asalto. Los años le pasan la cuenta.
Esperar el golpe correcto y dejarlo entrar.

Solo tenía que besar la lona.

42. Pesca Milagrosa

Había un hombre en la orilla del mar, forcejeando con una caña de pescar. Vio que pasaba un monje cerca de él y le pidió ayuda para sacar el pez, pues el no era capaz de sacarlo solo.
El monje sonrió. Se acercó y se puso tras el hombre.
El hombre contó hasta tres, y cuando llegó a tres, el monje lo empujó al agua.
El hombre, indignado por haber perdido el pez y la caña de pescar, le preguntó al monje por qué lo había empujado.
El monje le respondió que fue el pez quien había pedido ayuda primero.

43. Espera

Nervioso, vuelve a contar cuantos faltan para que le toque a él. Solo faltan seis. Sabía que debía haber hecho antes algo para evitarlo, pero ya era tarde. Impotente veía como pasaban los minutos e inexorablemente la fila se acertaba. Respiración acelerada, manos sudorosas. Sabe lo que está por venir, pero no por ello será más soportable.
Intenta pedir compasión, pero en cuanto salen las palabras de su boca, sabe que el castigo será peor.
Resignado, se levanta y toma su lugar en la silla.
Lo último que ven sus ojos son dos palabras reflejadas en el espejo: ollitsaC
áireuquleP.

44. Día de Feria

“Levántate que vamos a la feria”, le dijo su madre. El pequeño se apuró en vestirse y tomar su leche.
La feria quedaba a treinta minutos si se iban a pie. Se mantuvo en silencio durante todo el trayecto.

Pensaba en sus amigos, y en el partido de fútbol que habían jugado el día anterior. No había logrado anotar goles, pues era el más pequeño del grupo, pero no perdía la esperanza.

Sin darse cuenta ya estaban en la feria.

Intercambio de monedas, y una extraña toma su mano. Su madre se aleja llorando. Y él todavía piensa en fútbol.

45. Se Busca

Hace tres semanas que no sabemos nada de él. La última vez que se le vió, vestía una polera blanca, pantalones azules y zapatos color café. Tenía el pelo largo y algo de barba, ambos color castaño. Se le veía perturbado, murmurando cosas sin sentido, y sonriendo sin razón, más nunca actuó violento. Algunas veces frecuentaba salones de pool, pichangas de barrio y hogares de ancianos, aunque nunca se quedaba mucho rato. No porta identificación ni reloj. A veces le cuesta entender lo que le dicen y pide que le expliquen nuevamente, como un niño. Responde al nombre de Dios.

46. Viaje de estudios

La profesora cerró la puerta de la sala con llave. Los alumnos la observaban en silencio, cautivados por su presencia.

Tomó un pan de tiza y dibujó una puerta en el pizarrón. Sacó una pequeña llave que colgaba de su gargantilla y la apoyó contra el dibujo de la cerradura. Empujó suavemente y la puerta se abrió, dejando entrar luces de muchos colores y un suave olor dulzón.

Uno por uno, los niños cruzaron el umbral, cada uno con una expresión de asombro en los ojos.

Cuando la sala estuvo vacía, la profesora cruzó y cerró la puerta tras ella.

47. Luna cruel

La nave se posó sobre la superficie de la Luna e inmediatamente los ingenieros, arquitectos, calculistas y obreros comenzaron a desplegarse por todo el lugar. Revisaban los planos del observatorio, preparaban las maquinarias y comenzaban a marcar el terreno.

Al tercer día, el operario de la excavadora pide hablar con el jefe de la misión, a solas. Se reúnen en uno de los módulos provisorios. Asustado, el operario desenvuelve el paquete que traía consigo mientras le explica que lo encontró en el sitio de excavación. El oficial queda helado. No sabe como vino a parar un fémur a la Luna.

48. Fuera de Recorrido

La micro se queda vacía, mientras termina de recorrer las últimas curvas antes de llegar a la cima del cerro. El chofer me mira, y me pregunta si me molesta que fume. Como estoy lejos de él, le digo que me da lo mismo. Me cuenta de sus problemas matrimoniales, y de cuan solo está. De sus amigos que se ríen de él porque su mujer lo engaña y él no hace nada. De su hijo que está metido en problemas de drogas.

Empieza a llorar.

Acelera peligrosamente cerro abajo, y sigue llorando mientras la micro cae por el barranco.

49. Tout à coup

Una figura encapuchada cruza la plaza en la mitad de la noche. Los adoquines mojados reflejan débilmente su figura mientras se desliza, sigilosa, por las callejuelas.

A la mañana siguiente, nadie pudo sintonizar ningún canal de televisión. Las estaciones de radio, solo emitían estática. Nadie pudo llegar al trabajo, porque los semáforos no funcionaban. Tampoco funcionaba el metro. Los computadores arrancaban, pero no se podían conectar a ninguna parte. Los teléfonos estaban muertos.

Algunos entraron en pánico, otros lloraban y se lamentaban. Pero hubo otros que supieron aprovechar la oportunidad, y empezaron a conversar.

El terrorista había atacado de nuevo.

50. From Hell

Me encuentro encadenado a una roca, mientras perros rabiosos desgarran mi carne y comen mis vísceras. El calor es insoportable, y calienta las cadenas hasta que queman mi piel. El aire tiene un olor nauseabundo, probablemente a causa de los cadáveres en descomposición.

En medio de todo esa oscuridad, veo una luz que se acerca. Es un ángel, el que con una voz fuerte, que reverbera como si fuera un coro, dice: “los que tengan promedio sobre cinco están eximidos”.

Con lágrimas en los ojos, me paro de mi asiento, entrego la hoja de preguntas y salgo de la sala.

51. El verdugo

Mientras observo al prisionero, desfilan por mi mente toda suerte de torturas que podría aplicarle. Pero decido optar por lo más sencillo, la muerte. La noticia de su próxima ejecución pareció no afectarlo, pues no emitió una sola palabra. Quizás sabía a lo que se exponía al atacarme de esa forma.

Lo conduzco a un lugar ms apropiado y llevo a cabo la sentencia. Sin ningún tipo de remordimiento me limpio la sangre de las manos.

Antes de ir a dormir, recuerdo poner el mosquitero en la ventana, no vaya a entrar otro a vengar la muerte de su compa ero.

52. Partida

El muchacho llora desconsoladamente mientras se aferra al ataúd. La familia ya se ha retirado, y pese a sus ruegos, el pidió quedarse un momento más. Todavía no acepta que ella se ha marchado. Que solo queda su caparazón vacía, su coraza.

Trata de entender lo ocurrido, pero no le encuentra justificación. No es justo que corten una flor cuando aún es un botón que está a punto de florecer.

Detrás del joven está ella. Que lo mira con amor y pena infinitos. Quiere extender sus brazos para abrazarlo, pero no puede. De sus ojos cae una lágrima de verdad.